Conclusiones generales

Ana María Salazar de Guerra

Conclusiones

África continuará siendo el continente más vulnerable en términos de desafíos económicos, estrés de poblaciones, conflictos civiles e inestabilidad política. A estos factores se le suma el terrorismo yihadista-salafista, el cual ha encontrado en el continente africano territorios fáciles para su expansión. La inestabilidad política, los estados fallidos, y la falta de oportunidades para sus habitantes, hacen que en tierras africanas se hayan podido atrincherar y crecer grupos terroristas y criminales con total impunidad.

El contexto africano es mucho más complejo hoy, de lo que hace una década podíamos prever, ya que la enorme disparidad entre los diferentes países, hace que sea un diverso y *sorprendente caleidoscopio,* donde todas las opciones están abiertas.

África debe acometer una auténtica revolución en políticas públicas de educación, sanidad, agricultura, explotación ganadera, aprovechamiento de los recursos hídricos, diversos aspectos de seguridad y desarrollo social. Son elementos claves para la evolución del continente y la erradicación de la pobreza. Estos retos se enmarcan bajo el permanente riesgo del cambio climático y la catástrofe ecológica, productos de un sistema económico implantado donde la frivolidad del mercado, cada vez con mayor presencia empresarial extranjera, está convirtiendo a la naturaleza,

en el dorado del siglo XXI. El cambio climático y los problemas ecológicos no solo agravarán los actuales casos de conflicto, sino que generarán nuevos casos, que sumados al importante crecimiento de la población, serán factores críticos de riesgo en los próximos años en el continente africano.

La protección de nuestro planeta se ha convertido en un gran negocio para ciertas compañías –los denominados bancos de mitigación– que compran grandes extensiones de tierra, habitadas por especies en peligro de extinción para vender participaciones de la tierra como «bonos verdes». Así, la naturaleza y la extinción de los animales está en plena expansión. Mientras que muchos economistas respetados creen que la mejor manera de proteger la naturaleza es visibilizar su valor a través de un precio, otros muchos consideran que este mercado podría llevar a las empresas a tener un auténtico interés financiero en la extinción de las especies animales. África por su enorme riqueza única en el mundo, vuelve a ser el lugar más atractivo.

Se trata de una lógica muy perversa que más que una metamorfosis hacia la protección de la naturaleza, entraña un lavado de cara verde superficial que especula con el «capital natural». Compañías cuyas acciones destruyen el medio ambiente están obligadas a pagar por ello comprando estos «bonos de biodiversidad». Se trata de un intercambio de créditos, una especie de transacción intangible que proporciona una exención de responsabilidad, un certificado de buenas prácticas que «mitigaría» el impacto negativo de las acciones empresariales y permitiría a empresas establecerse para hacer negocios en aquellos lugares que tradicionalmente estaban vetados por ser santuarios únicos de los ecosistemas que pertenecen a toda la humanidad.

¿Obligar a quienes destruyen la naturaleza a pagar por esa destrucción salvará a los animales y su hábitat?, ¿que las empresas decidan qué especies son rentables de proteger y cuáles no? Nuevos mercados financieros han surgido especializándose en este comercio, y como siempre, la riqueza natural africana se vuelve contra el continente más rico en recursos diversos.

África está viviendo un drama con el tráfico de animales salvajes. El marfil de elefante y el cuerno de rinoceronte se han convertido en productos lucrativos. En la actualidad es un negocio de veinte mil millones de dólares al año, el más lucrativo después de las drogas y las armas. Está en manos de poderosas, conectadas y fuertemente armadas organizaciones criminales internacionales. En 1900 había diez millones de elefantes en toda África. En 1989, su número había descendido a 600.000 y ahora quedan alrededor de 470.000 elefantes salvajes en África. Nos enfrentamos a la mayor extinción masiva ejecutada por el hombre desde la de los bisontes en América. Cada año se mata en África una media de 33.000 elefantes por su marfil, uno cada 15 minutos. Si la caza ilegal continúa a

este ritmo, dejarán de existir elefantes salvajes en libertad en menos de 15 años.

Se trata de una ofensiva codiciosa y brutal por la obtención de un «precioso bien limitado». Una guerra contra la naturaleza. Las cifras son espeluznantes y sin precedentes. África Central ha perdido el 65% de su población de elefantes en la última década. Un escenario similar es el que está viviendo la población de rinocerontes de Sudáfrica. Hasta 2007 fueron cazados menos de 50 rinocerontes al año, pero el año pasado más de 1.000 ejemplares. Para los expertos la extinción ya no es una consecuencia de la caza ilegal, sino su propósito. Hay mucha gente que tiene un gran interés en invertir en dicha extinción. Piensan que es una inversión muy inteligente porque creen que nunca habrá más elefantes y rinocerontes de los que hay ahora, lo que significa que el valor de su extinción no dejará de subir.

La siniestra realidad es que elefantes y rinocerontes están atrapados en una espiral por culpa de las leyes de la libertad de mercado: el comercio se ha convertido en un lucrativo negocio para el crimen organizado, solo ellos pueden proporcionar la logística y el dinero necesario para mover miles de toneladas de contrabando por todo el mundo.

Las redes criminales utilizan cada vez más el contrabando de animales salvajes para financiar sus actividades. Se sabe que grupos rebeldes africanos, entre ellos el *ejército de resistencia del señor en Uganda*, financian en parte sus actividades con el tráfico de marfil. También hay constancia de que la milicia somalí de Al Shabab ha hecho operaciones de tráfico de marfil, sobre todo en la vecina Kenia. Se cree que los beneficios del marfil financian hasta un 40% de las actividades de Al Shabab. Pero no son solo los cárteles criminales, milicias rebeldes y los grupos terroristas los que ganan dinero, sino que hay corrupción a lo largo de toda la cadena de distribución.

La comunidad internacional no está empleando el tiempo ni los medios necesarios para acabar con este tráfico. No se está intentando desmantelar las redes, ni las agencias como Interpol tienen capacidad de hacer algo así, ya que depende de las policías locales que llevan las oficinas de Interpol en cada país y una y otra vez las operaciones se ven frustradas por las filtraciones policiales.

Pero concienciar es complicado, ya que el valor de un solo colmillo equivale a 10 veces el salario anual en algunos países africanos. Y mientras el precio del marfil siga aumentando, el incentivo para que las personas que viven en el medio rural, colaboren y se sumen a la caza es mayor. Y además, los cazadores furtivos no tienen que buscar mucho para encontrar cerca compradores. Gracias a la globalización y a la inversión extranjera en carreteras e infraestructuras, regiones de África en otros tiempos aisladas, ahora son fácilmente accesibles.

Cambiar la percepción de los consumidores y presionar a los gobiernos para que actúen es crucial en la carrera a contrarreloj para salvar a estos animales, pero también es igualmente importante implicar a los habitantes de las áreas donde se produce la caza ilegal. Muchos cazadores furtivos son reclutados en las aldeas de los alrededores de las reservas. Las comunidades que viven junto a estos animales salvajes no reciben la ayuda necesaria para que le vean sentido a proteger a estos animales.

En este momento, la conservación para muchos se ve como un capricho del hombre blanco. Solo hay una forma de resolver este problema: hay que poner a la comunidad a favor de la conservación.

En el norte de Kenia, se ha creado la Fundación de las Tierras del Norte precisamente con ese fin. La idea es conseguir que las comunidades se beneficien de la defensa de los animales y les resulte más atractivo protegerlos que cazarlos. La unidad 91 contra la caza furtiva está formada por miembros de diferentes tribus por lo que cuentan con la cooperación de todas las comunidades de esta extensa área, y tienen informadores que les avisan de cualquier actividad sospechosa. El concepto de conservación comunitaria está produciendo grandes cambios en esta parte de Kenia, es un modelo que va extendiéndose lentamente a otras regiones de África. La caza ilegal ha descendido un tercio, y ahora los habitantes de la zona saben que protegiendo a los animales atraen turistas, generando riqueza y empleo.

África tiene que ser capaz de proteger su patrimonio natural y aprovechar sus fabulosos recursos sin que se vuelvan contra los africanos, cosa que ha ocurrido recurrentemente. Es indispensable crear un sistema socioeconómico que no destruya. Todos los estudios indican que la «economía social» en África, que tiene sus orígenes en la época colonial, donde se instalaron las cooperativas, han constituido una de las principales formas de organización económica y social del continente con éxito (Develtere, Pollet & Wanyama, 2009). Sin embargo, esta economía social ha sido un sector que no ha contado con el apoyo suficiente de la cooperación internacional. Además, la economía social juega un importante rol en los procesos democratizadores.

El profesor Muhammad Yunus, en su teoría del «negocio social», explica la necesidad de devolver la identidad del ser humano en los negocios, defendiendo que los negocios deben ser algo «*que no dañe a las personas, ni al planeta, que no explote a personas, que no esté corrompido y fuera de engaño*». El profesor Yunus está creando un espacio entre los negocios y la filantropía, que se podría denominar «negocio social» enfocado a resolver problemas, no para hacer dinero como único fin. Nadie debería estar desempleado y ningún problema puede quedarse sin resolver. África es una de las regiones con mayor potencial para el negocio social. No existe un motivo por el cual el continente africano no pueda doblar su ratio de crecimiento. Se trata de salir de una lógica de mercado donde es el mer-

cado el que nos domina y pasar a una lógica donde la conciencia humana es la que define qué es lo más apropiado para restaurar el equilibrio con la naturaleza. Tenemos que huir de la valoración del mercado en el que todo tiene un precio y nada tiene valor (Yunus).

Las amplias costas, inmensos desiertos y unas fronteras porosas hacen de corredores que el crimen organizado utiliza para traficar con armas, animales salvajes y drogas. África tiene importantes corredores de tráfico ilícito hacia el norte (el Sahel), donde por las condiciones geográficas, demográficas, junto con los vínculos entre el crimen organizado y el terrorismo, están perfectamente establecidos. Los principales tráficos son drogas, armas, tabaco, medicinas y «personas».

En África Central, por la gran proliferación de recursos minerales, los grandes conflictos y la inestabilidad de los Estados, junto con la presencia de multinacionales carentes de ética, hace que sus riquezas, provoquen un intenso tráfico ilícito de cannabis, armas, oro, minerales, diamantes, maderas, marfil y «personas». En la región de África Occidental es un lugar donde la tradición del crimen organizado está muy consolidado por el tráfico de cocaína. Este territorio cuenta con una importante inestabilidad política que permite la existencia de estas redes el tráfico con grandes cantidades de drogas, armas, medicina, vacunas, tabaco. Además, esta zona es muy proclive a la piratería en el mar, así como el tráfico de «personas». En África del Este los tráficos ilícitos son similares.

El control de las fronteras es una de las características de estabilidad de un Estado soberano. Las circunstancias descritas generan una enorme amenaza para Estados que aún no están completamente consolidados en África, lo que da lugar a los llamados Estados fallidos. La revista *Foreing Policy* publica el índice «Failed States Index», donde enumera una serie de indicadores para identificar las características de estos Estados: presión demográfica creciente, movimientos masivos de refugiados y desplazados internos, descontento grupal y búsqueda de venganza, huída crónica y constante de población, desarrollo desigual entre grupos, crisis económica aguda o grave, criminalización y deslegitimación del Estado, deterioro progresivo de los servicios públicos, violación extendida de los derechos humanos, la existencia de estados dentro de los Estados y la escalada de grupos violentos.

En el año 2014 de los 178 estados clasificados bajo la denominación de «estado fallido» se catalogaron, 34 como «en alerta», 92 «en peligro», 39 como «estable» y 13 como «sustentable». De los 20 primeros de la lista, 16 son africanos (Failed States Index): Sudán del Sur, Somalia, República Centroafricana, República Democrática del Congo, Sudán, Chad, Yemen, Zimbabue, Guinea, Costa de Marfil, Siria, Guinea-Bisáu, Nigeria, Kenia, Etiopía y Níger. A este frustrante dato se unen los últimos golpes de Estado, como el de Mauritania (2008), Níger (2010), Malí (2012) y Burundi en el (2015).

El continente africano tiene que desarrollar la capacidad de aprovechar sus valiosos recursos, y repartir las ganancias de la manera ética y sostenible que de ellos surja, de modo justo y equitativo entre el conjunto de la población. Y tratar de superar adecuadamente, los retos a los que los fenómenos naturales someten a África una y otra vez. En este continente, lamentablemente, se cumple la máxima de que la abundancia de uno o varios recursos estratégicos en un territorio determinado, son fuente de conflicto e incremento de las desigualdades y de la pobreza extrema.

Es indispensable seguir apoyando la celebración de elecciones democráticas y la consolidación de los Estados. Cuando un Estado es débil, favorece la aparición de conflictos armados y la incidencia de abusos y violaciones de los derechos humanos. Estas violaciones son la base para el estallido de disturbios civiles y su transformación en conflictos violentos de la región. Se conocen casos de violencia sexual y de género, asesinatos como represalias, palizas, impunidad ante los funcionarios y las instituciones del Estados, una injusticia social creciente, un liderazgo represivo y brutal que incita al odio y la violencia, y la distribución desigual de los recursos del Estado, entre otros asuntos.

Hay razones claras de la proliferación de conflictos en África. La primera es la pobreza y las desigualdades globales, enmarcadas además en una etapa de transiciones de las autocracias a las democracias. No debemos olvidar que la población africana es muy joven y, por tanto, vulnerable de ser captada para formar parte de movimientos violentos. El creciente terrorismo aumenta las tensiones y posibilidades de conflicto en el continente, y una vez que un país ha experimentado violencia a gran escala, la tendencia de que esta violencia se repita es muy fuerte. Se espera, además, que la competición local por los recursos sea un potenciador de la inestabilidad a largo plazo.

Hay que observar estos factores que explican las razones del relativamente alto número de conflictos en África, así como los mitos y realidades. La mayor parte de la violencia se produce dentro de los países más que entre países. Tenemos que hacer un análisis de las estructuras de gobierno, del poder y de la influencia de individuos carismáticos y mecanismos de poder formales, así como aislar las causas y distinguir estas de los desencadenantes. Analizar el sistema socioeconómico y cómo este interactúa con el proceso y la manipulación de la etnicidad, la religión y la cultura política.

En estos casos las políticas de fortalecimiento del Estado pueden jugar un papel determinante para modificar esta tendencia negativa, particularmente con un buen gobierno y una distribución equitativa de las riquezas. Si no se apoyan medidas correctoras por parte de los países desarrollados y africanos, la situación se enquistará y más empeorará.

Terrorismo

La gran repercusión de algunas de sus acciones, la alarma social y las consecuencias sobre el desarrollo continental y regional muestran que África hace frente a una amenaza compleja y un enorme desafío de seguridad. África tiene un reto ante el terrorismo en un momento en el que hay una gran crisis de liderazgo y la gente ansía la renovación de sus líderes.

Habría que preguntarse si África desempeña un papel activo de incubadora de una nueva generación de terroristas. El islam forma parte del paisaje religioso de África desde el siglo VIII, y hasta hace poco era moderado y se adaptaba a las costumbres locales. Actualmente, ha sufrido una grave y alarmante radicalización. El terrorismo yihadista en África y Oriente Medio es una amenaza real a la seguridad internacional. Los actores internacionales no pueden seguir con una indiferencia de lo que sucede en África, tiene que aceptar su responsabilidad.

Fronteras

Las líneas fronterizas africanas siempre han sido un tema de debate en casi todas las cumbres internacionales ya que muchas de ellas fueron trazadas sobre el papel sin un mínimo conocimiento de las poblaciones interesadas y sin ninguna noción antropológica. Sin embargo, los mismos africanos apuntan que no podemos achacar todos los males al trazado de las fronteras, sino que es la falta de consolidación del Estado dentro de sus fronteras, lo que está en el origen de muchos de sus males.

Para poder solucionar estos conflictos hay que buscar las causas históricas. Entre los numerosos traumas que generó el colonialismo, una secuela perdurable es el sentimiento de inferioridad que la propaganda occidental ha explotado sobre el pueblo africano. El drama cada vez más visible de la inmigración es otro trauma que tiene también sus raíces en el pasado colonial. Existe un legado que provoca el éxodo de miles de africanos a diario, lo que está causando que millones de refugiados estén abandonando la zona subsahariana y la de África Central.

Los fenómenos climáticos extremos, los desastres naturales y los ataques a la soberanía alimentaria de determinadas regiones justificados por intereses espurios del primer mundo, van a incrementar aún más la crisis de los desplazamientos en el África Subsahariana.

El problema se está planteando sobre todo en aquellas zonas donde no hay intereses económicos ni financieros. La comunidad internacional se olvida de estos problemas. El hambre, la guerra, la guerrilla, la violencia son los ingredientes de un cóctel que va a generar una bomba explosiva en África, que cada vez tiene más capacidad de expandirse.

En 2035 aumentará la movilidad y el desplazamiento dentro del continente. La inestable situación socioeconómica africana provocará un au-

mento de la migración circular hacia áreas o regiones sin vínculos de ninguna índole con el país de origen, perdiendo protagonismo los flujos migratorios entre países vecinos. El África subsahariana, aun cuando oriente cada vez más su emigración hacia otros continentes por la falta de perspectivas locales, registrará transferencias internas o interafricanas, predominando lo que se ha denominado migración horizontal.

Mujer en África

Hay una clara tendencia al incremento de la feminización de la inmigración, y se mantendrá un ritmo creciente de la inmigración femenina de supervivencia. La causa principal es la huida de la violencia física, que en el caso de las mujeres y niñas en zonas de conflicto se intensifica, llegando a constituir ellas mismas un arma de guerra. El uso de la mujer como arma de destrucción por parte de las guerrillas o gobiernos va en aumento en África, ya que a través de su estigmatización social, debida a los abusos físicos, violaciones y mutilaciones, se garantiza la destrucción silenciosa de sociedades a través de la condición de miembro inmoral en la que convierten a las mujeres y niñas vejadas.

Sus derechos son violados con el fin de desestructurar familias y destruir aldeas enteras. Huyen de las crueles prácticas ancestrales que las mutilan física y psicológicamente, como es el grave caso de la mutilación genital femenina.

La mutilación genital femenina está reconocida internacionalmente como una violación de los derechos humanos de las niñas y las mujeres que refleja una desigualdad entre los sexos muy arraigada. 140 millones es la escalofriante cifra de mujeres y niñas **mutiladas genitalmente** en todo el mundo, según recientes datos de Amnistía Internacional. Alrededor de 26 millones han sido sometidas a la infibulación, la forma más grave de mutilación genital femenina. Según datos de la OMS, se calcula que en África hay 92 millones de mujeres y niñas de más de 10 años que han sido objeto de MGF, y cada año unos tres millones de niñas corren el riesgo de sufrir MGF en el mencionado continente. Se realiza sobre todo en niñas y adolescentes de 4 a 14 años de edad. Sin embargo, en algunos países hasta la mitad de los casos de mutilación genital femenina se realizan en recién nacidas de un año, inclusive un 44% de Eritrea y un 29% en Malí. Si la tendencia actual continúa, para 2030 aproximadamente 86 millones de niñas en todo el mundo sufrirán algún tipo de mutilación genital.

Hace unos días se daba un gran paso hacia adelante en su abolición con la firma de un proyecto de ley por parte del presidente nigeriano, «**Goodluck Jonathan»**, que penalizaba cualquier extirpación, parcial o total, de los órganos sexuales femeninos así como otros hábitos de abuso de género como el abandono familiar sin responsabilidad económica por parte del hombre. Tras este primer movimiento hacia su prohibición, los expertos esperan reacciones en cadena en el resto de países africanos para

que den un paso adelante en sus leyes a pesar de que la criminalización de esta atrocidad no parece erradicarse, pues es un uso muy arraigado en ciertos países, tal y como ocurre en Egipto, que aun prohibiendo definitivamente la ablación en 2008, cuenta con un «porcentaje de mutiladas del 92%» en las mujeres casadas debido, en gran parte, a la impunidad endémica de ciertos hábitos sexuales, formando parte, junto con Guinea, Kenia, Somalia y Djibouti, de los lugares con más mujeres genitalmente amputadas del mundo.

Desde UNICEF advierten de que lo más importante es «**educar a las mujeres** autóctonas» para que sean conscientes de la violación de sus derechos y sean ellas mismas las que denuncien unos usos que provocan, en muchos casos, daños irreparables tanto físicos como psicológicos.

Es vital aunar esfuerzos para apoyar el empoderamiento de la mujer. No solamente porque es de una crueldad inadmisible que dichas violaciones sean el día a día de esas mujeres, sino porque también la mujer en África es un gran pilar del progreso. Desestructurar a la mujer es desestructurar la base central de la sociedad africana.

Su papel actual en el desarrollo económico en el continente es cada vez más importante aunque no se reconozca públicamente por razón de la idiosincrasia en las sociedades africanas. La mujer en África desarrollará en los próximos años el 80% del trabajo y producirá cerca del 90% de la producción en el sector de la alimentación. Pero esta aplastante realidad tiene el difícil reto futuro de superar las dificultades y asumir de forma visible una posición de liderazgo en el desarrollo económico a lo largo de todo el continente.

Si África no supera esta atrocidad, en 2035 las sociedades matriarcales que han dado sustento a la sociedad estarán desaparecidas en los países en conflicto. Y sin duda, no se alcanzará el desarrollo sin sociedad.

Sorprendente África: el caso de Ruanda

El caleidoscopio africano, nos ofrece enormes contrastes, el crecimiento en el continente nos permite ver países que han tomado el sendero del desarrollo económico y países limítrofes donde no se atisban, al menos en el corto y medio plazo que camino van a seguir. Uno de los casos más llamativos es Ruanda, que aun siendo todavía uno de los países más pobres de África, gracias a la visión estratégica y una política decidida del presidente Paul Kagame ha iniciado un camino de desarrollo prácticamente milagroso. Con la sombra capital, de que un cambio presidencial obligado por el mandato de su constitución, cambiase el rumbo del desarrollo de este país. Las medidas adoptadas han permitido una reconversión auténtica del modelo del país desde la agricultura a la tecnología. El crecimiento de Ruanda es sostenido y podemos decir que es uno de los países donde se ha alcanzado importantes resultados en la reducción de

la pobreza. El trabajo con jóvenes y el empoderamiento político y económico de la mujer han permitido que nuevas actividades económicas inexploradas en el país, especialmente la del sector servicios ligado al turismo, genere una actividad en la que el país tiene recursos únicos, constituyendo uno de los santuarios de fauna de especies en peligros de extinción del mundo.

Desplazados medioambientales

Con intereses menos *maquillados,* grandes multinacionales y grandes empresas indias, chinas y árabes están comprando superficies tan grandes como nuestro país con el único fin de tener grandes cultivos con las que producir biocombustible y en algunos casos, dedicados a la producción de alimentos para el futuro. Este acaparamiento de tierras compradas, en la mayoría de los casos, a los Estados –que no a las comunidades o individuos– provoca la destrucción del bosque primario y la expulsión de los habitantes de dichas zonas. Es un escándalo ético de magnitudes sin precedentes, que no tardará en generar un escenario futuro de conflictos violentos por el desplazamiento de habitantes (como ocurrió en el 2008 en Madagascar).

El cambio climático en África está causando y causará, graves problemas en un futuro inmediato. Afecta a la vida de las personas y produce un cambio en el modelo social conocido hasta hoy, transformando así las condiciones de vida de gran parte del continente. Según los estudios realizados, podemos afirmar que grandes extensiones de espacios que hoy se habitan, serán, en un par de décadas, lugares no aptos para ser ocupados por el hombre, ya sea por desertización, lluvias torrenciales y otros desastres naturales devastadores. Esto provocará movimientos migratorios forzosos, lo que generará millones de desplazados por causas medioambientales. Desplazados forzosos, causados en gran medida por la conducta irresponsable y cortoplacista de los países del primer mundo.

Según ACNUR, en el mundo hay más de 22 millones de refugiados y 30 millones de desplazados internos, dentro de las fronteras de sus Estados, por catástrofes naturales. En los últimos años, los desastres medioambientales han producido más refugiados que las guerras y los conflictos armados. Estimaciones del Panel Intergubernamental del Cambio Climático, aseguran que podrían llegar a 150 millones los desplazados en el año 2050, lo que provocaría un cambio radical en los actuales patrones de migración.

La gran concentración de población en el medio urbano del Continente Africano, debido al éxodo rural de las últimas décadas, hace que las consecuencias de los desastres naturales sean más graves que en otras regiones del mundo, donde existen infraestructuras más sólidas y avanzadas. De no rectificarse las tendencias actuales, el cambio climático puede

afectar, solo en África, a unos 80 millones de personas en las próximas décadas.

Las personas desplazadas tienen necesidad de protección internacional y hay que saber sobre qué premisas esta necesidad se convertirá en la titularidad de un derecho positivo. Los desplazados están habilitados para disfrutar del conjunto de los derechos civiles, políticos, sociales y culturales recogidos en los Tratados de Derechos Humanos y en el Derecho Internacional. Sin embargo, hasta el día de hoy, no han sido todavía reconocidos por el Derecho Internacional como un grupo identificable cuyos derechos estén explícitamente articulados. Existen limitaciones significativas en el Derecho Internacional a la hora de responder a las consecuencias sufridas por los desplazados a causa del cambio climático.

La Corte Internacional de Justicia ha reconocido la importancia que tiene la protección del medio ambiente para el hombre. La garantía otorgada por la Corte a esta premisa, acarrea un principio de responsabilidad internacional que supone que los Estados que no consigan llevar a cabo una acción efectiva para reducir su contribución a la amenaza del cambio climático, puedan ser considerados responsables de una violación a los derechos humanos. Por lo tanto, se podría decir que de confirmarse las previsiones actuales sobre el impacto del cambio climático en las poblaciones, existiría una clara amenaza de incumplimiento de los derechos humanos si no se modificase el marco jurídico actual.

La mayoría de los Estados comprometidos a reducir sus emisiones en el Protocolo de Kioto, están también obligados a promover la aplicación de los principios de derechos sustantivos y procedimentales en las negociaciones internacionales del cambio climático. No obstante, la ausencia de un sentimiento de urgencia y la dificultad para crear un futuro sostenible, no pueden explicar la pasividad mostrada hasta el momento por los posibles países emisores y receptores de los desplazados medioambientales. A pesar de todo, estamos frente a una oportunidad para avanzar en el cambio de modelo de desarrollo económico, ya que este modelo amenaza con convertirse en insostenible.

En Río+20, última cumbre antes de la fecha final de los Objetivos del Milenio en el 2015, se ha concluido que el desarrollo sostenible es la única forma de seguir construyendo un futuro común, donde se producirá una reducción de los recursos naturales, y la población experimentará el mayor nivel de crecimiento demográfico en la historia de la humanidad. En el documento de conclusiones de la Cumbre, se reconoce la importancia económica y social de una buena gestión de la tierra y, en particular, su contribución al crecimiento económico, la biodiversidad, la agricultura sostenible, la seguridad alimentaria, la erradicación de la pobreza y el aumento de la disponibilidad del agua. Igualmente, las naciones expresan su profunda preocupación por las consecuencias devastadoras de la

sequía y de las hambrunas cíclicas en África, en particular en el Cuerno de África y la región del Sahel, solicitando se tomen medidas urgentes a todos los niveles.

La Declaración de Cartagena de 1984 para América Latina y la Convención que rige los Aspectos Específicos de Problemas de Refugiados en África de 1969 de la Organización para la Unidad Africana (OUA), pueden ser un buen ejemplo para el reconocimiento jurídico internacional de la especial necesidad de protección de una parte de la población.

En virtud de las gravísimas consecuencias que padecen los millones de desplazados medioambientales en el continente africano, deberán ser las propias naciones africanas, con el apoyo de ACNUR, quienes promuevan acuerdos de protección jurídica para los refugiados, mediante la aplicación, por analogía, de la normativa internacional e insten urgentemente a la comunidad internacional al establecimiento de una nueva definición de refugiado que ampare, humana y jurídicamente, a cualquier individuo desplazado por razones estrictamente medioambientales. De no ser así, entraremos en una época de cambios sociales, económicos y desastres naturales jamás experimentados por la historia de la humanidad.